



Blas de Otero

Obra completa (1935-1977)

Edición de Sabina de la Cruz
con la colaboración de Mario Hernández

Galaxia Gutenberg

Blas de Otero

Obra completa

(1935-1977)

Edición de
Sabina de la Cruz
con la colaboración
de Mario Hernández

Introducción de
Mario Hernández
y Sabina de la Cruz

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de Nicanor Vélez y Jordi Doce,
con la colaboración de Juan Pablo Roa Delgado

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en este formato: febrero 2016

- © Herederos del autor, 2013, 2016
© de la edición: Sabina de la Cruz, 2013, con la colaboración de Mario Hernández
© del estudio «Palabras vivas»: Mario Hernández, 2013
© de «La vida de un poeta» y «Sobre esta edición»: Sabina de la Cruz, 2013
Retrato de Blas de Otero (p. 56): cedido por cortesía de Sabina de la Cruz
© Herederos de Esteban Urquiaga, «Lauaxeta», por «Se fue a los hielos del Norte»
© Herederos de Andréi Voznesenski, por «Goya», «Maestros (Primera dedicatoria)»,
«Balada – Tesis doctoral», «En la balsa» y «Baños siberianos»
© Herederos de Nikolai Zabolotski, por «De la belleza de los rostros humanos»,
«Beethoven» y «Grullas»
© Herederos de Kaisin Kuliev, por «La piedra», «[He sido labrador, soldado y poeta]»,
«[El niño crece llorando]» y «[Plañe una mujer allá en la lejanía]»
© Herederos de Veselín Jánchev, por «Romancero de José Sancha»
© Lasse Söderberg, por «La ira [1968]»
y «Estampa popular (Grabado en madera) [1968]»
© Herederos de Názim Hikmet, por «La una de la madrugada [1959]»
© Los autores, 2013, por las entrevistas
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 58-2016

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-91-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográfi cos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Cántico espiritual

[1940-1942]

Recital de poesías dado
en el grupo Álea el día 6 de marzo de 1942

A la memoria de Jaime Delclaux

...metiendo al alma en una nueva noticia
y abismal deleite.

Subida del Monte Carmelo,
libro primero, cap. V, 7.

INTRODUCCIÓN

Cántico espiritual

*Todo el amor divino, con el amor humano,
me tiembla en el costado, seguro como flecha.
La flecha vino pura, dulcísima y derecha:
el blanco estaba abierto, redondo y muy cercano.*

*Al presentir el golpe de Dios, llevé la mano,
con gesto doloroso, hacia la abierta brecha.
Mas nunca, aunque doliéndose, la tierra le desecha
al sembrador, la herida donde encerrar el grano.*

*¡Oh Sembrador del ansia; oh Sembrador de anhelo,
que nos duele y es dulce, que adolece y nos cura!
Aquí tenéis, en haza de horizontes, mi suelo*

*para la vid hermosa, para la espiga pura.
El surco es como un árbol donde tender el vuelo,
con ramas infinitas, doliéndose de altura.*

I

Esta anchura del mundo, doblegada
a mis manos; el tierno paraíso
de la aurora, con ángeles de albores;
tú, mujer, que te enciendes y te apagas
como una mariposa siempre nueva,
me mostráis, por caminos inocentes,
la unidad de mi alma y de mi cuerpo.
A la derecha pongo el alma; en medio
Dios, y a la izquierda, el cuerpo en libertades:
¡qué purísimo peso nivelado,
qué balanza en su fiel, ni más ni menos!
Complexión de este mundo con mis ojos:
el paisaje desnudo de las cinco
no es el mismo, Señor, que al mediodía.
Complexión de este mundo con mi mente:
mis conceptos son sombra de las cosas
con una luz interna que traspasa.
Complexión de este mundo con mis manos:
tronco de árbol, río, mujer pura,
todo es señal de Dios inmaculada.
Ahora estoy esperando a libertarme:
complexión de este mundo con mí mismo.

Mis ojos se adelgazan suspirando
la llegada de Dios a mis andenes.
Me adolezco de vientos precursores,
mis ojos se adelgazan y suspiran.
Aún vivo entre hielos desunidos
o bien me cercan enemigos, sombras,
como el fuego a la zarza. Me disparo
y quedo roto a cada instante, inútil.
Soy un arco de Dios que se estremece.

Soy una vana potestad de ausencias.
Escúchame, Yavé, desllágame.
Apenas puedo sostenerme en alma.
Mi cuerpo desmorona a cada instante
su unidad sustancial, aún palpitando.
Nada soy si no soy el que yo soy,
el que ha salido de Tus manos grandes,
capaces de dar forma al Universo.
Mis ojos se adelgazan como un sueño
al borde de la punta de la aurora.
Gimo y clamo hacia Ti como un pecado,
girasol de tu gracia en esta niebla.
El pecado es el «no», la gracia el «sí»;
nosotros una interrogación.
¡Tuércele el cuello al signo que interroga,
ponlo de pie, brillante y decisivo!
¡Ah Señor, si mis ojos se te abrieran
como un puente, Tú, río traspasando;
si mi alma se hundiera en tu silencio,
como una paloma rescatada!
¡Oh complexión del mundo; oh Dios hermoso,
oh carne de mi carne y de mi alma
que, sin Ti, se diluye como niebla!
Vive tú separada si prefieres,
tenue paloma, de mi cuerpo en llanto:
Dios me está preparando una morada
donde yo, nada más, me baste a mí.

II

Hay ángeles que vienen de repente
como una mariposa entre las rosas;
hay puertas que se abren; venas tristes
que saltan de una vez, como un lamento;
hay corazones que se van despacio

y nadie sabe por qué calle... Adiós...
Adiós. Hay unos ojos que nos miran
y nos clavan; sentimos su presencia
en el costado, como un alfiler
en tierna mariposa... Y eran bellos,
eran amados al sonar las cinco,
eran los ojos que quisimos ver.
Oh dolencia del mundo, Señor nuestro,
si no nos tienes Tú como una isla
sobre el agua; flotando con su flora
de ansias, y su fauna de apetitos.
Con su cintura blanca de espumilla
como una colegiala en vacaciones.
¡Tennos Tú de la mano, equilibrista
de tentaciones, sobre el fino alambre
de la carne agitada, estremecida!
¡Ay, que se cae el alma, que se cae,
si no la tienes Tú ligeramente!
Consérvanos la frente reservada
y el hombro entusiasmado para el pájaro.
Nivélanos el alma con el cuerpo,
la boca con los ojos. Ponnos firmes,
ponnos de pie, encima de tu gracia.
¡Ah Señor! Vivo triste si te alejas,
si me aparto de Ti vivo proscrito.
Acompáñame siempre por las tardes,
cuando el día cabalga a nuestra espalda;
sonríe en las estrellas silenciosas
y amanece, de un golpe, en nuestro pecho.
Te canto a Ti con el amor divino
y este rescoldo del humano amor.
Te canto a Ti, doliéndome de todo,
subiendo por tu noche hacia mi aurora.
Aún estoy más abajo que los hombres,
en esta sepultura de comienzos.
Me preparo las sombras y las sombras,
busco la nada por seguirte a Ti.
De pronto, agitaré mis alas viejas

y se harán primitivas para el salto.
Mas salto, no. Subir poquito a poco,
peldaño tras peldaño, hacia tu cumbre.
Tú me estás aguardando, ya impaciente
de tanto tiempo antiguo derrochado.
Mas, ahora, los minutos, cada golpe
de mi vena interior, me reconstruye.
Consérvame los ojos persuasivos,
siempre abierta la palma de mi mano
y los pies sostenidos con tu gracia.
Limpia mi agilidad para ganarte,
para perderme en Ti, que me liberas.
Cántico de mi vida inusitada
si no la explicas Tú con tu abandono.
En tu abandono brotan ríos tenues
y se alza un bosque primitivo.
Aquí te siento yo, aquí me llenas
con tu aire de adentro y tus campanas.
Estoy llamando a Ti desde seis años
de soledad, para que Tú me cundas.
Estoy llamando a Ti con este cántico
para que Tú respondas y me lleves.
Ahora dejo que el día se me pierda
para encontrar tu Noche decisiva.
¡Ah qué hermoso vaivén el de los cielos
cuando Tú los traspasas de diamantes;
qué dichosa mi alma en su suplicio,
como un carro rodando hacia la aurora!
No te pido, Señor, que me comprendan;
sólo aspiro a que llenes mi mirada.
Dichoso el hombre que te sigue a Ti,
por encima de todos sus pecados.
Dichoso quien te canta y te suplica,
y más el que silencia sus dolores.

III

Me colgaban estrellas de los ojos,
y la noche era lenta y compasiva.
Yo me acordaba de cuando era niño,
cuando el mundo, redondo, entre mis manos
era un juguete de cristal. Los hombres
y las cosas, después, me lo rompían.
El aire se cerraba a mis cabellos
y el alma recogía sus tristezas.
Qué compasión de todo. Los cristales
ya no daban al mar. Estaba mudo
y recogido, huyendo de las rosas
y los pájaros. Estaba sin presencias.
Todo era figura: nada vivo,
nada dichoso, audaz, inextinguible.
De pronto, Tú. La noche estaba seria
como un manto de ciegos paraísos.
De pronto, Tú, abriendo mi costado
con tu golpe de estrellas suspendidas.
Y el cantar de la noche –por debajo
del alma, más adentro de los ojos–,
fue brotando, llorando mansamente.
El mar se estremeció. Vinieron ángeles
a llamar a los ojos. Escuchaba
el gozne de tu dedo, imperceptible,
sobre el que gira el mundo silencioso.
Oh Dios, oh Dios, cómo nos llagas
en las noches de estrellas solitarias.
Ríos, collados, fieras, avecillas,
salid a recibirle. Suenen músicas
de ala con ala, en el rodar del mundo.
Oh Dios de nuestros ojos dilatados,
llénalos Tú. Anega nuestra frente
como un mar desbordado en la ribera.

Ven hacia mí, ven hacia mí desnudo,
blanco como una pluma suspendida.
Ven hacia mí lo mismo que una ola
rodando por las calles interiores.
Todo el mundo, Señor, es una isla
recién salida a flor de agua, inédita,
si la descubres Tú, nauta del viento.

Dame, Señor, las manos bienhechoras,
la mirada tranquila, el imposible.
Todo es posible –ay, Dios– con tus promesas
y tu esfuerzo interior, que reconstruye.
Acuérdate de mí cuando esté solo
y lléname de llanto o complacencias.
Dame el amor más fuerte que esta vida,
el amor que nos mata y restituye.
Dame la paz, doliéndose de lucha,
como un lirio bordado en nuestro pecho.
Cántico blanco que te ofrezco a Ti,
Señor de las estrellas condolidas.
Cántico espiritual
sobre el barro que asienta mi garganta.

LIRAS

I

Silencio para herirte.
Oh alma que me sigues como espada.
Silencio para abrirte
la túnica llagada,
delante del portal del alborada.

Pisando luz, tomillo,
alondra derramando estancia fría,
limón, verde, amarillo,
el campo se ponía
enfrente de la luz que amanecía.

Silencio de primeros
rumores asaltando verde puerta.
No puedo conteneros.
La puerta estaba abierta.
Salí tan solamente para veros.

¡Collados y espesuras,
colgadas, de los cielos, primaveras;
las rosas siempre puras,
los montes, las verduras
del campo; el amarillo de las eras!

Estáis recientemente,
tenéis la sensación del paraíso;
herís con el relente
que pasa, agudo, liso,
sobre mi corazón, sobre mi frente.

Silencio de alborada.
Oh alma que me sigues como ciervo.

Del agua a la llamada
ven a calmar tu acervo,
pon a bañar tu piel viva y rosada.

La alondra lo decía.
La alondra que me sigue como espada.
Mi frente estaba fría;
el alma está llagada...
Llagándome de amor alborecía.

2

Posesión de las cosas:
se me escapa, lo mismo que la lluvia
al borde de las rosas.
Oh lenta, triste y rubia
sazón del alba, entre la incierta lluvia.

Posesión de mi nombre
labrada con mis versos imposibles:
mi pequeñez de hombre,
de ansias indecibles,
bien sabe que sus lauros son movibles.

Posesión de tus manos:
cuenca para el amor, agua de estrellas.
Y fueron dos milanos
contra las tardes bellas,
que me dejaron, con mi sed, sin ellas.

Y ahora estoy suspendido,
pendiendo de hilos tenues sin sustento.
Soñé..., y te habías ido
como la flor al viento
que levanta y anega en su caimiento.

¿Dónde pondré los ojos
de mi ansiedad; de qué ventana pura
no miraré despojos,
sino puerto, segura
mansión de luz, devuelta hacia la altura?

Oh tristeza del río
reflejando la angustia de la encina
solitaria. Dios mío,
no me dejes asina:
brota, cunde, despliega e ilumina.

Posesión, ya en la calma,
posesión conquistada hacia Tu encuentro.
Posesión de mi alma,
oh Dios, que eres su centro,
y Tú latiendo, sin dolor, adentro.

3 Poesía humana

I

De abajo nace el canto.
De abajo nace y sube hasta la altura.
Cerrado a cal y canto,
con su ventana pura,
se adolece oteando la Hermosura.

Inclina la cabeza
como si fuera rama sobre el suelo;
y sueña en la belleza,
la brisa, el alto cielo,
donde pender las manos de su anhelo.

La sangre que recorre,
como suelto navío, por sus venas,
divisa el alta torre
ceñida en las almenas,
arroja por la borda ancla y cadenas,

y vuela presurosa
a recoger su afán en su llamada.
Llegada allí, reposa,
le llega el alborada
y se mece en su puerto, acompasada.

II

Oh eterna poesía.
Eterna como el hombre que la ha hecho.
El cuerpo se moría...,
nacíanle del pecho
alas de eternidad, sobre su techo.

El hombre que la canta
y el hombre, respondiendo, que la siente,
goza su paz, levanta
hacia su luz la frente
y está lejano, poseído, ausente.

Con estos manantiales
salta su viva agua hasta la altura.
Se llena de cristales
dolidos de hermosura,
y refleja los cielos, la espesura.

Cavad en su venero,
roed en su corteza todo instante;
como ese buen minero,
humano, fino, amante,
que sabe dar, al fin, con el diamante.

4

Haremos una imagen
tan nueva, que los ojos se despierten,
y los ángeles bajen,
y los niños acierten
la médula del mundo en que se vierten.

Haremos una prosa,
un verso, tan distintos y no usados,
que sean mariposa
junto a rumor de arados
abriendo surcos nuevos, no escuchados.

Tú, Señor que me has hecho,
e hiciste al mundo bello como un astro,
enciéndeme en el pecho
esa luz y ese rastro;
rasga la pesadez del viejo austro.

Que ya todas las voces
me parecen oscuras, profanadas;
y sólo con tus roces,
de nuevo rescatadas,
podré batir las alas desplegadas.

En el principio... Dame
la creación devuelta con mi mano
a aquella luz; y enrame
las puertas de lo arcano
con palabras de fe, libre y humano.

Venid, venid a oírme;
ya siento los misterios desplegarse,
y sé que van a abrirme

la voz donde extasiarse,
la voz donde quedarse y olvidarse...

5

Dadme una noche sola,
una noche de estrellas sazonada,
y romperé la ola,
y el ansia, desclavada,
bogaré en esa mar iluminada.

Cuando contemplo el cielo,
se me llenan los ojos de ternura,
y quisiera, en un vuelo,
ya suelta el ala pura,
batir el aire y trasponer la altura.

Silencio de los mundos
rodando en estas noches soledosas,
en que se oyen profundos
rumores de las cosas
y las frentes parecen más hermosas.

El alma, con la mano,
está fija en su peso y reposada;
el cielo castellano
le colma la mirada;
la tierra se presiente nivelada.

Entonces comprendemos
lo que es la eternidad, en una hora,
y entonces aprendemos
la soledad sonora,
la noche sosegada y robadora.

El alma se hace al filo
de las estrellas; suenan sus pisadas
y quedamos en vilo,
pendientes de llamadas
imposibles, remotas, ajenadas...

6

Mi frailecico

Conmigo está mi dueño
leyendo su lectura silenciosa.
Mi dueño es muy pequeño,
mas tiene voz de rosa
cuando del alma el canto le rebosa.

Leyendo está mi amigo,
y yo con él, penando vivo y muero.
A solas, sin testigo,
así es como le quiero,
hablándome un sentido muy de vero.

Con este frailecico,
el alma se recoge y empavesa;
¡qué importa si es tan chico,
si el alma es la que besa
y amigos son sus labios de Teresa!

Con ella, y con su voce,
no quiero otro coloquio, por ventura.
En ella está mi goce;
con ella, la Hermosura
de amor que me da fiebre y calentura.

Que si ella es, castellana
de Dios, lo que del mundo yo más quiero,

él tiene una fontana
tan rica de venero,
que en ella me adolezco, peno y muero.

Por ella yo quisiera
dormirme entre los brazos del Esposo,
muriendo de manera
tan alta, y silencioso,
que abriérame este pecho que reboso.

7
Lira de paz

La primera, confianza.
Si Dios lo puede todo, nos alzamos
a torres de esperanza
y allí nos extasiamos
con la certeza en vilo que esperamos.

La segunda, paciencia.
La confianza en su amor es divisible
y hay que aprender la ciencia
de aguardar lo imposible
en pedazos de tiempo inconvencible.

La tercera, ternura.
Sufrir en soledad sin proclamarlo,
como una isla pura
donde, sin luz, llorarlo
hasta el día que baje a consolarlo.

La cuarta, poesía.
Sentir, y no soñar sin el motivo
que abre la galería
para el hombre cautivo.
Galería de astros, sin estribo.

La quinta, plenitudes.
Mi alma, que está encelada, aún suspira.
Volverán los laúdes
sobre el mundo, que gira
en estas cinco cuerdas de mi lira.

8

A Jaime

Es preciso que vuelvas.
Estamos suspirando tu llegada.
De verdes madre selvas
la túnica llagada,
la frente enfebrecida y levantada.

Estamos aguardando
que vengas a decirnos *cómo es ello*.
Callamos, y así, cuando
retornes con tu bello
pregón, será más fácil aprendello.

¿Se siente allí a *la enferma*,
se escucha su silencio? ¿Están las rosas
diciendo que no duerma,
que ya todas las cosas
son éxtasis de abiertas mariposas?

¿El rayo que seguías
—*un rayo de sol suave* como pluma—,
lo tienes ya..., lo hacías
flotar entre tu bruma,
abrirse ante tus ojos como espuma?

¿Hay blancas margaritas
para esmaltar tus íntimos cantares,

y ya tus *baladitas*
reflejan otros mares
tan ciertos, que han logrado que allí vares?

Ella, la que acompaña
tu soledad gustosa, ¿cómo dice?
¿Es cierto que no engaña,
brisa de mar que rice
tu ala, cuando en ella se deslice?

¿Verdad que estás dichoso
y no te importa nada haberte muerto,
pues gozas de un reposo
de nave, en ese puerto
en que has anclado ya tu rumbo cierto?

...Nosotros, entre olas,
seguimos suspirando tu llegada.
Plañéndonos a solas.
La túnica llagada.
La mano hacia ese puerto levantada...

9

A Pablo Bilbao Arístegui, en su retiro

Arregosto de cielos,
con bordes de velamen luminoso,
encelan mis anhelos
y me dejan quejoso
de esa luz, de esa luz, en cielo hermoso.

Aquí, brumas; el alto
convite, torpemente desvaído;
un gris rumor de asfalto
cerrándome el oído
al gozne de Universo suspendido.

Aquí, todas las cosas
disfrazadas, falaces, deprimentes;
no se sienten las rosas,
no se escuchan las fuentes,
no se alcanzan los vuelos transparentes.

Suspiro por el orbe
pendido de mi alma, como un fruto;
por el aire que sorbe
el pecho diminuto,
donde lo eterno está, con su minuto.

Suspiro por la mano
reposada, con símbolo de eterno
ademán, como el grano
en la fe del invierno;
calofrío del alba de verano.

Oh, si ya me rompiese,
si mi pecho se abriera como quilla
en el agua que fuese
esa ola amarilla
—yo grumete— del campo de Castilla.

Si, a tu lado, mis olas
me cantaran el canto reposado
de las almas a solas
bajo el cielo estrellado,
buen convite del pecho lastimado.

Contigo, las verdades;
contigo, el germinar de lo sabroso;
las hondas soledades,
el cielo rumoroso,
el aire vagueante y deleitoso.

Oh, llévame contigo;
vare al puerto de paz, libre las olas,

esplenda como el trigo
cercado de amapolas,
y muera solo, sin testigo, a solas...

IO
Íntima lira

Recogeré los ojos
dentro del corazón, como una poma;
los volveré a los rojos
portales, donde asoma,
contra el albor, su veste de paloma.

He de decir al mundo
que sólo suspirando Tu llegada,
se me hace más profundo
el cauce de alborada
que late en mi pupila amedrentada.

Le cuelgan tantas rosas,
ha visto tantos mundos resolverse,
que ya todas las cosas
bien pueden esconderse
y no será capaz de adolecerse.

Todo el amor divino,
aquel sorbito del amor humano,
soñó, lo ansiaba, vino
y fue como un vilano
en la tristeza de la abierta mano...

Quedó sólo un sollozo,
diluido en el aire, entre la almena;
pigmeo fue mi gozo
para tan alta pena;
breve la rosa y dura la cadena.

Mas Dios está en el centro.
Oh, vedle cómo habla y anonada.
Saliendo hacia su encuentro,
la túnica llagada,
le encontraréis labrando la alborada.

Oh alma, que posesa
estás de Dios, recibe su primicia
y, en el silencio fresa
del alba, la delicia
arregosta, de unión. «*Nueva noticia*

y abismal deleite»
te anegue, cuerdamente, en su locura.
Derrama, ya, el aceite
de la lámpara pura:
otra más cierta se encendió en la altura.